

Mario Di Giacomo

Ateísmo, amor y justicia en el pensamiento de Emmanuel Levinas. Un diálogo con Dios después de la muerte de Dios, Caracas, Universidad Metropolitana, 2017.

Prólogo

(En torno a la errancia como morada)

Hay tiempos y circunstancias en los que lo impensable adquiere figura y presencia, tiempos y circunstancias que parecen haberse abandonado a su propio desfallecimiento, en los que el “mundo” se enfrenta directamente con sus sombras y heridas, con sus fracasos y fisuras. En esos tiempos y circunstancias aparecen para el pensador un reclamo y una exigencia ineludibles: observar críticamente sus propios lugares y formas de vida, buscar comprender cómo aquello que se creía imposible ha llegado a ser, ha podido habitar entre nosotros. En este lúcido y reflexivo libro *Ateísmo, amor y justicia en el pensamiento de Emmanuel Levinas. Un diálogo con Dios después de la muerte de Dios*, de Mario Di Giacomo, se reconocen esos reclamos y exigencias, porque si bien es una interpretación dedicada y detenida es también un diálogo en el que dos tiempos y lugares se convocan mutuamente, se encuentran fructíferamente.

Walter Benjamin proponía que la historia del sentido, de la significación, se construye a partir la “cita secreta” que se produce entre “hechos” o “textos” cuando desde un presente y sus circunstancias eso “ya sido” o “ya dicho” se ilumina y, entonces, algo que allí permanecía oculto e impenetrable se redime, se hace presencia y presente. Así, a partir de la indagación de Di Giacomo, entre los textos de Emmanuel Levinas que aquí se trabajan y esta civilización al descampado (sin abrigo ni retención, hipotecada al espectáculo y al mercado) en la que se ha convertido nuestro mundo, se produce una “cita secreta”, un vínculo no evidente, tampoco explícito, gracias al que nos enfrentamos nuevamente con la urgencia de encontrar un pensamiento -una comprensión y una interpretación- que permita conjurar “el momento de inhumanidad del hombre”: aplazándolo o debilitándolo. En efecto, en la pregunta por el “abandono de lo humano”, por la supremacía del dominio o por la subjetividad

autorreferencial, parecieran converger experiencias tan distanciadas como la de los campos de exterminio nazis y la de una Latinoamérica (una periferia) que se concibe rezagada, que se percibe a sí misma alejada. Se trata de una exploración “común” por los lugares inhóspitos de la facticidad y del poder, así como por la posibilidad de abrir la razón y el pensar a una nueva clase de sujeto, al despertar ineludible que trae consigo dar lugar a la sensibilidad y la afección, y a los enigmas de lo humano.

Mario Di Giacomo asume este reclamo y esta exigencia leyendo, indagando, hurgando, en cierto sentido arqueológicamente, en el difícil proyecto de re-fundación de la filosofía que propone y enuncia Levinas, en el que la ética es una ética soberana, una “filosofía primera”, que persigue entender al hombre y al mundo a partir de un fundamento y unas coordenadas distintas a las que han sido legadas por la tradición filosófica occidental. Un pensamiento que, al comprender la ética como “filosofía primera”, busca nuevos horizontes desde los que atender y entender al sujeto, pensándolo más allá del “ser”, fuera de la primacía de la identidad y del dominio racional, como la secuela de un encuentro inefable con el prójimo. Una ética soberana que se dona como una región siempre inaugural constituida desde el ser-juntos, en el ser con-otros.

Su crítica radical al pensamiento que comprende al hombre y sus acciones desde la primacía del saber, y desde el poder que de ello deriva, se consolida en un pensamiento abierto, que se retrae a la totalización, que se engrana en lo que desborda, como se desborda el rostro del Otro en su expresión. Sólo a través de un pensamiento que trascienda la identidad es posible, para Levinas, convertir el poder en justicia, y la comprensión en responsabilidad. Por ello, el proyecto filosófico de Levinas intenta desplazar o reemplazar esos modos de conocimiento que reducen el ser a la identidad (el Mismo) y que desde el dominio, desde el poder, pretenden atrapar y poseer al Otro, y a la alteridad en general, convirtiéndola en mundo instituido y comprensión, en significado dado y reiteración, obliterando con ello su condición de exterioridad, y la distancia y resistencia que le son consustanciales. En este sentido, Levinas se distancia del conocimiento -que anula la exterioridad- y propone un pensar instaurado en la interlocución, a saber, en un Decir capaz de hacerse cargo de la irrupción del Otro (de la

exterioridad por excelencia) y de los quiebres e inquietudes que ese encuentro, que ese asalto, efectúan sobre la identidad y el mundo constituido, sobre el presente y la presencia.

En este recorrido del camino despejado por Levinas, Mario Di Giacomo no sólo busca comprender y valorar las potencialidades de este pensamiento como modo de reformular las relaciones de pensamiento y existencia, sino que además intenta encontrar un itinerario que le permita convocar la justicia y promover el aplazamiento de esos momentos de inhumanidad que abundan en este mundo desértico, abandonado al dominio, la violencia y el mercado. Por ello, nos dice: “La ética debe existir, incluso en el espectáculo de un Dios destronado; el mal no tendrá sitio a pesar de esa catástrofe, la última palabra. Un mundo dejado de Dios tendrá que encontrar todavía una palabra, o un gesto, que señale justamente que el Bien (Dios) no ha desaparecido por completo”. En efecto, Mario Di Giacomo se sitúa en un mundo que pareciera encontrarse en el ocaso de su propia luminosidad: de su racionalidad excesiva y excedente, que pareciera haber olvidado sus propios horizontes y deseos, sin embargo, su empresa hermenéutica es crítica también con respecto a la radicalidad del pensamiento levinasiano, de allí que este libro esté atravesado por un diálogo tenso, sin concesiones, en el que Di Giacomo rescata aún potencias para la racionalidad, siempre y cuando ésta pueda inmiscuirse en los difíciles lugares del cuerpo, el amor, el sufrimiento, la violencia, sin afán absolutista, y entienda y atienda el engranado de rupturas, diferencias y diacronías en los que se instala en devenir existencial. Un diálogo tenso, una indagación que transita a lo largo de todo el libro desde la detallada inspección de dos aspectos fundamentales del pensamiento de Levinas, por una parte, el de la transformación del sujeto en el horizonte de una relación con el Otro en la que el “yo” se abre a la extrañeza, a la distancia infranqueable, a la exterioridad del Otro dándole lugar, y por la otra, el del poder del lenguaje y su violencia inherente.

La irrupción del Otro y su in-finitud son el terreno en el que Mario Di Giacomo se propone dilucidar los modos posibles de una ética verdadera para el presente, y a pesar de sus sospechas y desacuerdos con Levinas, llega a la conclusión de que “Sólo en el Otro encontramos la condición de posibilidad de un mundo habitado éticamente, solamente en el ateísmo encontramos las condiciones sine quibus non de la vinculación que nos pone en

común, más allá de lo común representado”. En el pensamiento de Levinas, como mostrará Di Giacomo con precisión, una verdadera relación ética está siempre determinada y regida por el Otro, por el prójimo, debido a eso, pareciera entonces, que la ética es ya siempre, anticipadamente, un donar o entregar, y un donar-se o entregar-se, a la revelación y manifestación de una singularidad que excede cualquier intento de domesticación, comprensión y apropiación. El Otro es expresión, es la “huella del infinito”, una suerte de trazo o huella de lo divino en el mundo, que se ha hecho cuerpo y vida, que se manifiesta como fragilidad, desnudez y vulnerabilidad. La relación con esa in-finitud sólo puede ser pensada en términos de fecundidad -de procreación-, es decir, como un hacer-se a sí mismo más allá del ser, un hacer-se y hacer del mundo un “entre-nosotros”. La fecundidad es la comprensión del ser no como algo dado o realizado, ni como un proyecto, sino como un “estar siendo cada vez otro”, en el que el “estar siendo” adviene como una transformación radical del Mismo en su “acogida” de la “estancia del otro en sí”. De allí que, Mario Di Giacomo, en su lectura de Levinas afirme el asomo de un sujeto distinto y distante del moderno, un sujeto en el que “...el ser brota -o retoña- en el sobresalto causado por la interpelación del Otro. Por eso, antes que docilidad del espíritu frente a la sollicitación del ser, docilidad del espíritu frente a la sollicitación del Otro: ‘el sujeto es un anfitrión’, recibe la tessera hospitalis incluso antes de haberla otorgado, pues ella es condición de posibilidad de la visita misma. El anfitrión se descubre así como la casa elaborada para “hospitalizar” al ser separado”.

El problema del lenguaje y su violencia, por su parte, traspasa en este libro no sólo todos sus análisis e interpretaciones, sino la escritura misma del texto, su propio “decir”. Un problema inmensamente complejo al cual quizás sólo podemos acercarnos desde y en preguntas. ¿Cuál es el lenguaje, la palabra propia, de ese sujeto anfitrión, de ese sujeto que está “sujeto” al Otro? ¿Cuál es el lenguaje del dar-se, qué palabra puede hacerse cargo de lo que es siempre inapropiable? ¿Cómo será ese lenguaje que intenta decir lo otro del ser, ese lenguaje capaz de “traducir” la experiencia ética originaria en la que la “unicidad insustituible de una persona (que) se expone a otra persona”? Mario Di Giacomo, de la mano de *De otro modo que ser o más allá de la esencia*, busca esbozar una respuesta a partir de un hurgar tanto en las propuestas de Levinas como en las sombras o lugares abandonados que esas propuestas

generan. Levinas distingue al interior del lenguaje dos fórmulas expresivas, el Decir y lo Dicho, y establece entre ellas una relación fundamento/fundado: el Decir es el fundamento de lo Dicho que es, siempre, un modo del conocer. El Decir, que se opone a la primacía ontológica de lo Dicho, no puede ser pensado como una mera enunciación, como un “acto de habla”, sino más bien como un responder, un dar-lugar (al Otro, al prójimo) previo a cualquier reconoci-miento. Este dar-lugar es inmemorial, anterior a cualquier acto de habla, a la enunciación, y justamente porque es un dar-lugar, este Decir previo a la enunciación, al habla, es una pasivi-dad extrema: “El acto ‘de decir’ desde el comienzo debería haber sido introducido aquí como la suprema pasividad de la exposición al Otro, que es precisamente la responsabilidad para con las libres iniciativas del otro.” El Decir previo es la acción en la que la responsabilidad se concreta, ya que en ese Decir el sujeto de-pone su soberanía y su espontaneidad pero sigue siendo sujeto -una unidad irremplazable-, y actúa entonces desde y en su suje-ción al otro, actúa para-el-otro y por-el-otro. Como bien dice en la introducción, para Di Giacomo “el dinamismo del desdecir lo Dicho y las acepciones asentadas en la historia y el lenguaje se halla lejos del triunfo. Con lo cual el lenguaje unificador de la ontología no puede ni debe ser descartado, así como tampoco el sitio trascendental que, a su pesar, el pensamiento de Levinas debe construir para pensar más allá de la esencia”.

Ambos temas, ambos problemas de indagación culminan, en este libro, con un lúcido y extenso examen acerca de la posibilidad de la justicia en estos tiempos de ausencia y vacío, una revisión que le permite proponer cómo tendría que ser ese pensamiento que nos compete, y que nos reclama, contemporáneamente, así como cuál lenguaje, cuál Decir podría ofrecerlo adecuadamente. Y uno podría entender esa meditación final sobre la justicia y el lenguaje como la comprensión de que, antes del saber o del hacer, nos encontramos siempre frente a la responsabilidad irrenunciable, fundante, irreductible y solitaria de dar lugar a lo humano, de retrasar constantemente el momento de inhumanidad. Por ello debemos atender y constituir, enunciar y promover una ética que coloque a los hombres en la obligación de rehacer continuamente sus modos de comprensión y valoración bajo el imperativo de cuidar la vida de todos, de cualquiera. En este sentido, la errancia es la morada: ni revelación ni representación, sino un apasionamiento que está más allá de cualquier imagen o enunciado

posible, en la ausencia misma de figuras, y que como el amor es, a la vez, una experiencia imposible y urgente, una experiencia siempre emergente.

Dra. Sandra Pinar

*Prof. de Filosofía Contemporánea Universidad Simón Bolívar y Universidad Católica
Andrés Bello*